



El señor Anrumarrieta

José Mármol

Primera visita

Imposible es que Dios cuando hizo al hombre no estuviese de malísimo humor, y de peor ganas de hacerlo; puesto que nada ha salido de sus divinas manos, ni más mal hecho, ni de condiciones más opuestas y contradictorias.

¡Ah! ¡Quién fuera un ciudadano notable y no un pobre ciudadano de ninguna parte como soy yo, para tener el placer de no hacer nada, el mayor de los placeres de este mundo!, me digo a veces, cuando tengo por delante de mí media resma de papel que está pidiendo a gritos el dejar de ser blanco, deseo que no es muy común a las cosas de este color.

¡Ah! ¡Quién fuera abastecedor o cosa parecida, para ser rico y tener el derecho de no recibir a nadie cuando me diese la gana, y poder solo mi alma escribir a mis anchas cuando me acosa la manía de hacerlo!, me digo otras veces.

Y era ayer uno de esos días en que más deseo estar solo y conversar conmigo mismo, para luego conversar con el público, que es lo mismo que no conversar con nadie, cuando unos golpecitos dados con un bastón sobre la puerta me hicieron estremecer cual si tuviese yo la nerviosa organización de don Manuel Oribe, y los golpes sobre mi puerta combinasen los dos sonidos Gar-zón.

-¡Adelante! -dije, ya que tenía la desgracia de no poder decir ¡atrás!, ni más ni menos que lo que le pasó a la Inglaterra con la intervención francesa en 1845.

La puerta se abrió, y toda ella quedó cerrada al momento con el volumen de una cosa que me habría parecido una montaña a no tener todas las apariencias de un hombre.

-¿Es usted el señor...? -me preguntó, con el sombrero en una mano y una carta en la otra.

-Un servidor de usted -le contesté, empujándome cuanto pude para alcanzar al pecho de ese hombre, al parecer nacido de varias madres, pues que una sola era poca cosa para semejante vástago.

-Tengo el honor -continuó- de presentar a usted esta carta que traigo de Madrid.

-Tenga usted a bien tomar asiento -le dije, tomando la carta y presentándole la más vieja de mis sillas a fin de que el daño fuera menor si la quebraba.

Abrí la carta y leí en ella lo siguiente:

«Madrid, 22 de enero de 1851.

»Mi querido amigo: el portador de ésta es el señor don Francisco Anrumarieta, persona de gran capacidad, y que pasa a ésta con el objeto de hacer algunos estudios políticos sobre las diversas cuestiones que allí se tratan. Yo me hago un deber en recomendárselo a usted como a persona competente para darle los informes que él necesite acaso para el objeto que lo lleva; y sin más, me repito como siempre affmo. amigo Q. B. S. M.

»Alejandro».

-¡Ah! Yo seré muy feliz, señor mío, si puedo ser a usted útil en alguna cosa -dije al recomendado de mi amigo, a quien en los secretos de mi pensamiento lo eché a todos los diablos por la maldita ocurrencia de recomendarme un hombre que traía por objeto de viaje el peor de cuantos son posibles concebirse en humana cabeza.

-Doy a usted las gracias -me respondió.

-¿Usted viene a hacer estudios políticos?

-Justamente. En España se conocen muy poco los progresos de sus antiguas Indias, y pienso hacer un prolijo estudio sobre su estado actual, en política especialmente, comenzando por esta región meridional. Quiero además respirar un poco el aire de la libertad americana; porque ha de saber usted que yo soy de Bilbao.

-Ya, ya, por el apellido me lo imaginaba.

-De una tierra cuyos derechos han sido siempre sagrados, jamás ultrajados por nadie, y yo amo la libertad como todos mis compatriotas.

-¡Ah! Y viene usted al Río de la Plata a gozar un poco de nuestra libertad y nuestros derechos, ¿no es eso?

-Exactamente.

-(Ya verás lo que te pasa) -dije entre mí-. ¿Y a hacer estudios políticos?

-Esa es mi idea.

-¡Alabado sea Dios!

-¿Decía usted?

-Decía que es un estudio muy complicado.

-Sobre todo, las cuestiones internacionales son mi fuerte; y según tengo entendido, son las que sobran por estos países.

-¡Ah!, sí, señor, sobran.

-¡Y complicadas!, ¿eh?

-Complicadísimas. ¡Qué! Vea usted, a veces ni entenderlas podemos.

-¡Superior!

-¿Cómo?

-Que así podré tener la gloria de encontrar dificultades y poder explicarlas.

-¡Oh! Nos haría usted un grandísimo servicio.

-Que no me costará mucho, sin vanidad; he hecho largos estudios en Europa sobre estas materias.

-¿Sobre las del Río de la Plata?

-No, señor, sobre las de Europa; pero los principios son universales, ¿no digo bien?

-Ya, sí, señor, pero nosotros no hacemos parte del universo.

-¿Qué dice usted, hombre de Dios?

-Nada, señor, es una figura.

-¡Ah! Una figura.

-Pues.

-Y mire usted -continuó el bilbaíno-, estoy tan habituado a estos asuntos que a pesar de hacer apenas quince días que estoy en Montevideo, ya creo reconocer algo de todo lo que pasa en política, en política internacional, bien entendido.

-¿Es posible?

-¡Toma! Reduciendo a sus términos simples, o a los principios generales, como se dice, en el Río de la Plata existe una intervención de la Francia.

-Eso mismo me digo yo algunas veces; pero es admirable cómo en tan poco tiempo ha podido usted comprenderlo.

-Me ha costado trabajo, pero al fin he sacado en limpio que aquí existe una intervención francesa a favor del gobierno de Buenos Aires.

-¡No, hombre, por amor de Dios! Se ha equivocado usted, la intervención, si existe, es a favor del gobierno de Montevideo.

-¡Sí! ¡A mí con esas! Al español, mi amigo, pan, pan, vino, vino.

-Jesús, señor, si usted está en error. Si usted no sabe la historia de...

-¡Sí, historias! ¡Que me vengan a mí con historias! Yo he de decir la verdad. Sí, señor, la verdad; porque soy de Bilbao, ¿entiende usted?

-Sí, señor, entiendo. (¡Santa Bárbara bendita! -dije entre mí-, este hombre está de atarlo, y si le contradigo me revienta sin poder evitarlo). Pues, señor, yo le decía a usted... -continué con el tono más amable del mundo.

-Me decía usted lo que no es cierto, porque yo sé muy bien lo que digo, y yo ya he visto, ya he estudiado, ¿me entiende usted?

-Sí, señor, pues no he de entender. Pero si usted se tomase el trabajo de leer todos estos documentos... -le dije, señalándole un legajo de impresos y manuscritos.

-Con mucho gusto. ¡Superior! Documentos es lo que yo busco.

-¡Pues! Y a fe que no son pocos los que le ofrezco a usted.

-No importa. Me los devoro en diez o doce noches.

-Algo más.

-No importa.

-Se los llevaré a usted a su casa.

-¡Qué! Yo me los llevo. Yo soy republicano de conciencia, y a fe que usted será lo mismo, ¿no es verdad?

-¿Yo? ¡Toma! Pues no he de serlo, la república es lo que hay.

-Sobre todo, para la libertad.

-Eso es, para libertad no hay cosa como la república; y si no lo creen en Europa, aquí estamos nosotros para atestiguarlo.

-Lo mismo digo yo. Y verá usted cuando se ratifiquen las convenciones y entre el general Oribe, si hay en el mundo países más felices que los del Río de la Plata. Porque yo no tengo pelos en la lengua, y ha de saber usted que yo soy oribista.

-Hombre, cuánto me alegro, al cabo he encontrado un hombre que tenga mi misma franqueza y mis mismas opiniones.

-¿Cómo, usted es oribista, señor redactor?

-Sí, señor, pero no lo repita usted. Esto es para entre los dos, para que nos entendamos mejor en adelante.

-¡Vaya! ¡Vaya! No podía tener un hallazgo mejor. Y ahora que estamos de acuerdo en opiniones, dígame usted, compañero, ¿no encuentra usted que estos brasileiros...?

-¡Qué! Ya sé lo que me va usted a decir.
-¿Entonces usted cree?
-Yo creo que el titulado emperador está perdido.
-Sí, pero el ejército no es titulado.
-Es cierto. Pero hay toda probabilidad de que el ejército se pase al presidente.
-Bien, bien, ¿por el principio republicano, no es esto?
-Por supuesto. ¿Qué diablo de libertad cree usted que haya en una monarquía?
-Ahora comprendo: todas las Indias quieren libertad -exclamó el bilbaíno-, el ejército imperial se pasa al presidente, el presidente se pasa a Rosas, Rosas se pasa a la libertad y asunto concluido.
-Esa es la cosa.
-Pero dígame usted, ¿y la escuadra?
-¡Bah! ¡La escuadra!
-¡Que bah ni que bah! Ha entrado al Uruguay.
-Sí, pero el presidente le mandó decir que no entrara.
-Pues entró.
-Sí, pero el presidente protestó.
-Pero pasó adelante.
-Sí, pero se ha dado por nula la pasada.
-¿Cómo por nula?
-Sí, hombre: titulada pasada, del titulado vapor Don Alfonso, ¿entiende usted? Es preciso que usted se vaya habituando a nuestro lenguaje, porque sepa usted que cada palabra de él, es una parte integrante de nuestro sistema político.
-¡Ah! ¡Bien, bien!
-Pasó y no pasó; es y no es, ¿entiende usted?
-¡Toma! Si eso es lo que se llama sutileza de ingenio, y para esto, mi amigo americano, los españoles y nadie más que los españoles.
-De suerte que, quedamos convenidos: usted me explicará lo que es la intervención, y yo le explicaré a usted nuestros asuntos de tierra, no es eso?
-Exactamente; y cada semana tendremos una conferencia para instruirnos mutuamente.
-¡Superior! -dije yo para mí mismo-: me hago blanquillo, que es lo mismo que no hacerse nada, me divierto y acabo de enloquecer a mi bilbaíno. ¡Superior!).
-¿Conque, entonces, una vez por semana? -continué.
-Eso es; en los días intermedios estudio la cuestión internacional, y tendremos conclusiones cada jueves, o cada viernes.
-Convenido.
-Quiero al mismo tiempo que me enseñe usted la línea de fortificaciones, porque yo tengo también un poco de ingeniero; quiero estudiar todo.
-Excelente idea.
-Y, sobre todo, quiero una cosa.
-Veamos.
-Que me explique usted de qué modo estableceríamos una línea de comunicación con el Cerrito, para poder adquirir algunos informes necesarios a los estudios que me propongo hacer.
-¡Ah, mi querido señor Anrumarieta, eso lo saben hasta los niños de nuestro partido! Aquí no se pestaña sin que lo sepa el presidente.
-¡Bravo! Y aquí se sabe lo mismo de cuanto pasa allá, ¿no es así?

-No, señor, no es así. Nuestros enemigos de aquí adentro no saben siquiera a punto fijo si nuestro presidente vive o muere, si ha salido de campaña o si está en su casa. ¡Si viera usted los chascos que se llevan!

-¡Superior! Quiere decir entonces que...

-Que nos veremos la semana que viene, ¿no es así?

-Justamente: hasta la semana que viene, pues.

-Muy buen día, amigo mío; tiene usted esta casa a su disposición, con franqueza, a todas horas, ni más ni menos que si mi casa fuera Montevideo, y usted fuese carta del campo de nuestro presidente.

-Lo mismo digo usted, señor redactor: yo vivo en la Fonda del Vapor; usted puede ir allá y estarse en mi cuarto todo el tiempo que quiera, como si mi cuarto fuese la Constitución, y usted fuese un agente de Rosas.

-Mil gracias, mil gracias, mañana he de ir allá, como dice el presidente todas las mañanas al mirar a Montevideo.

-Yo espero a usted como dicen nuestros amigos de aquí a los de allá...

Y mi recomendado se me escapó, a pesar de todo su volumen, con tanta presteza como si fuera hijo de la intervención británica, después de haberme hecho decir tanta herejía política como si yo hiciera parte de la intervención francesa.

(La Semana, n.º 12, julio 7 de 1851, pp. 135-138)

Segunda visita

Dicho y hecho: mi bilbaíno se presentó en mi casa el sábado a las doce, como me lo tenía ofrecido; y se presentó con un gran rollo de papeles en la mano.

Felizmente yo estaba de buen humor, pues acababa de leer El Defensor, nuestro vecino.

-Mi amigo -me dijo mi recomendado al entrar-, mi reputación está hecha y se la debo a usted.

-Vamos, señor, nada de cumplimientos; franqueza y cordialidad, como si usted fuera Mr. Palmerston y yo Luis Napoleón. ¿Qué es lo que hay?

-Que debo a los documentos que usted me ha dado -me contestó- los descubrimientos más importantes y el primer capítulo de mi obra.

-Lo celebro en el alma, señor Anrumarieta. Pero lo que a mí me admira es ver cómo en tan poco tiempo hace usted tantas cosas. Porque, mi querido, francamente: en eso de los descubrimientos, los españoles han sido siempre los primeros y los últimos; antes que nadie descubrieron América, y en el pequeño espacio de trescientos años no tuvieron tiempo para descubrir lo que ella valía; descubrieron la tierra y se olvidaron de los ríos, descubrieron el oro y se olvidaron de los hombres; descubrieron el presente y se olvidaron del porvenir.

-¡Bah! ¡Esos eran efectos del antiguo régimen! Pero ahora, y sobre todo los bilbaínos, véame usted a mí: nueve días ha que me prestó usted los documentos, ¿no es eso?

-Sí, señor, nueve días.

-Pues bien, repito a usted que ese tiempo me ha bastado para hacer grandes descubrimientos y para escribir el primer capítulo de mi obra histórica.

-Pero ¿de qué descubrimientos me habla usted?

-Están consignados en la obra; voy a leerle a usted el primer capítulo.

-¡Hombre, por Dios! ¿No sería mejor esperar a que la obra se concluyera?

-Bien, bien, no leeré el primer capítulo; leeré el plan, el esqueleto de la obra, ¿le parece a usted bien?

-Ah, el esqueleto es otra cosa, a estar en él hace mucho tiempo que estamos habituados por acá.
-Vaya pues, pero quisiera que no nos interrumpieran.
-¡José!
-¿Señor?
-Que no estoy en casa.
-¿Aunque lo oigan a su merced?
-Aunque me oigan; que yo no soy menos que Rosas, y los que me busquen no han de ser más que los enviados de Francia y de Inglaterra.
-Oiga usted, pues -dijo mi amigo, desenvolviendo su manuscrito.
-Oigo, pero, espere usted; con la misma franqueza que le he prestado a usted mi colección de documentos y mis apuntes, usted me dejará sacar copia de lo que me lea; yo soy taquígrafo, y usted no tiene más que ir leyendo.
-Convenido, leo pues:

HISTORIA MONUMENTAL
DE LA
INTERVENCIÓN COMPUESTA Y DE LA INTERVENCIÓN SIMPLE
EN EL
RÍO DE LA PLATA
O SEA
EXAMEN
DE LAS
CUESTIONES SUPERVINIENTES A LA NO INTERVENCIÓN DE LA FRANCIA,
Y
A LA INTERVENCIÓN DE LA INGLATERRA ENTRE LA FRANCIA
Y EL GOBIERNO DE ROSAS;
CON ALGUNAS OBSERVACIONES
SOBRE EL PROGRESO DE LA POLÍTICA ANGLO-FRANCESA EN LAS
COMARCAS
MERIDIONALES DE LA AMÉRICA:
OBRA ESCRITA
POR EL SEÑOR D. FRANCISCO ANRUMARRIETA
NATURAL DE BILBAO
PLAN DE LA OBRA
PARTE PRIMERA

De cómo la Inglaterra se la pega a la Francia, y de cómo la Francia se la deja pegar.
CAPÍTULO PRIMERO

Donde se demuestra que la Inglaterra conoció primero que la Francia, que la invasión de 1843, violando lo estipulado en la Convención de 29 de octubre de 1840, y dando origen al armamento de los residentes franceses en Montevideo, iba a ser causa de que la Francia interviniese en la cuestión del Plata.

CAPÍTULO SEGUNDO

Cómo antes que la Francia, la Inglaterra calculó las ventajas futuras que de su intervención reportaría aquella, y la influencia mercantil y política que la Francia ganaría en estos países obrando en sentido del movimiento progresista y liberal que la llamaba en su auxilio.

CAPÍTULO TERCERO

Cómo la Inglaterra aceleró la intervención francesa, declarándose con derechos y deberes para hacer parte en ella; arrastrando de este modo a la Francia a asociarse a la Inglaterra en una cuestión que era toda de interés francés, para de esta manera, o

estorbar que la Francia sacase todo el partido que podía esperar de esta cuestión, o partir con ella las ventajas que reportase.

Fin de la parte primera

-¡Hombre, es usted el diablo!

-¡Bah! -exclamó el señor Anrumarrieta meneando su inmensa cabeza, y levantando sus hombros que podrían sostener hasta un mensaje de Rosas-, aquí no me creerán porque ustedes no entienden de estas cosas, pero me creerán en Europa que es para quien yo escribo.

-(Vas fresco) ¿Quiere usted hacerme el obsequio de continuar?

-Escriba usted.

-Escribo.

PARTE SEGUNDA

De cómo la Inglaterra se comió la breva mientras la Francia se chupó el dedo.

CAPÍTULO PRIMERO

Donde se demuestra el modo como la Inglaterra quiso cortar la complicación seria de los asuntos después de las escenas del Paraná, haciendo a Rosas y a Oribe, por medio de Mr. Hood, proposiciones cuya tendencia era la de dejar las cosas en el mismo estado en el que antes estaban, buscando el que la Francia perdiese las ventajas que habría de sacar si la intervención cumplía con los hechos sus declaraciones escritas.

CAPÍTULO SEGUNDO

Cómo la Inglaterra, una vez que consiguió parar la acción de la intervención armada, y que hubo reducido a la Francia y comprometídola en el camino de la diplomacia, se despidió a vapor y dejó a su aliada enredada en las transacciones pacíficas, haciéndola perder influencia y prestigio en estos países, mientras dejaba en Rosas el poder moral de una resistencia fácil.

CAPÍTULO TERCERO

Donde se ve cómo la Inglaterra buscó en la amistad con Rosas todo cuanto la Francia había perdido en la República Argentina, mientras que al mismo tiempo hacía declinar su influencia en el Estado Oriental por la inacción a que dejaba reducida la intervención francesa que lo protegía, aniquilando así el prestigio y la acción de la política francesa en las dos repúblicas, en tanto que la Inglaterra desenvolvía la suya, libremente y en amistad con ambas.

Fin de la segunda parte

-Pero, señor Anrumarrieta, ¡por el amor de Dios! Si nada de esto es cierto. ¿Cómo cree usted que, si lo fuera, no lo habríamos sabido en tanto tiempo?

-¡Toma! Porque están ustedes muy atrasados, amigo mío; porque miran las cosas por la superficie; porque sólo estudian los grandes hechos por los detalles de ellos; porque no saben poner los cuadros a la distancia necesaria para ver su conjunto y sus verdaderas proporciones. ¡Qué diablo! Ustedes se contentan con decir que vino tal buque, que trajo tal noticia, que hubo tal sesión, que fulano dijo esto, que zutano le contestó lo otro, etc., etc. ¿Entiende usted?

-Sí, señor, entiendo. (No hay remedio, está loco, ¡mire venirnos a nosotros con esos embrollos!).

-¿Qué está usted refunfuñando, señor redactor?

-Decía, señor Anrumarrieta, que todo esto no puede ser verdad, porque si lo fuera no valdrían un comino ciertos diplomáticos que gozan de una gran reputación en este mundo de Dios.

-¡Bah! ¿Y recién lo sabe usted? Las formas diplomáticas, es una cosa que aprende con mucha facilidad; pero el fondo, la capacidad para esa ciencia, no la dan los títulos, los gobiernos, ni los libros, la da la naturaleza, amigo mío.

-¿Entonces la diplomacia se parece a la poesía?

-Exactamente.

-Hombre, ¿qué dice usted?

-Digo lo que digo, sí, señor; porque ambos talentos tienen en sí una fuerza adivinativa que relaciona inmediatamente a los hechos presentes las consecuencias ulteriores más remotas, y sobre todo una potencia de penetración tal que infiltra la mirada de la inteligencia en lo más profundo de los hechos que se le presentan; y ése es el verdadero talento del diplomático y del poeta, ¿entiende usted?

-Perfectamente (diablo, este hombre tiene momentos lúcidos). ¿Quiere usted dictarme la tercera parte de su obra?

-La tercera y la última, porque mi historia es dividida en tres partes.

-Me gusta.

-¿Cómo?

-Digo que me gusta, porque se parece a una comedia que yo conozco. ¿Conoce usted una comedia que han hecho los salvajes unitarios titulada la Época?

-No, señor.

-Pues se divide también en tres partes, y ochenta cuadros: parte 1.^a -el diablo, o sea Rosas. Parte 2.^a -el pecador que se lo lleva el diablo, o sea el pueblo. Parte 3.^a -el payaso que quiere imitar al diablo y se rompe la cabeza queriendo correr como él, o sea Oribe.

-¡Bah! ¡Qué disparates!

-Por supuesto, disparates. ¿Quiere usted dictarme la tercera parte?

-Escriba usted.

PARTE TERCERA

De cómo la Francia, no teniendo que hacer, se puso a jugar al gallo ciego.

CAPÍTULO PRIMERO

Donde se demuestra que, buscando la paz, vino la Francia en la misión Gros, y agarró a Oribe queriendo agarrar la paz, y tuvo que decir: éste no es.

CAPÍTULO SEGUNDO

Donde se ve cómo la Francia, buscando la paz, se abrazó de todos sus buques con que bloqueaba los puertos de Rosas y Oribe, los trajo al puerto de Montevideo, y vio que no eran la paz, y tuvo que decir: esto no es.

CAPÍTULO TERCERO

Cómo la Francia, buscando la paz, se abrazó de un papel que en 1850 le presentó Mr. Le-Prédour, y, después de apretarlo bien, se encontró que no era la paz, y tuvo que decir: éste no es.

CAPÍTULO CUARTO

Cómo la Francia, buscando la paz, se agarró de otra cosa que le presentó Mr. Le-Prédour en 1851, y cómo el presidente Luis Napoleón empezó a gritar: ¡aquí está!, ¡aquí está!, y abrazó a Rosas por abrazar la paz.

Fin de la tercera y última parte

Cada capítulo de la presente historia se divide en treinta artículos, con más un apéndice en que se observa que la verdadera intervención que ha existido en el Río de la Plata desde 1845 es la que interpuso la Inglaterra, entre la acción de la Francia y las resistencias de Rosas; conteniendo, además, un capítulo de notas adicionales sobre el retroceso que sufre de veinte años a esta parte la influencia política y mercantil de la Francia en la América Meridional, mientras que la Inglaterra trata de conquistar en esta región su influencia perdida en la América del Norte, para establecer así su equilibrio en el Nuevo Mundo: etc., etc.

Fin de la Historia Monumental

-(¿A que llego a creer que este hombre no está loco?)

-¿Decía usted? Parece que tiene usted la costumbre de hablar para que no lo entiendan.

-¡Ah, qué quiere usted! Esa es una costumbre nacional.

-Pues bien, ¿qué le parece a usted el plan?

-¿El plan? Oh, mire usted, yo tengo un horror innato por los planes. Cuando oigo hablar de un plan, ya digo para mí mismo: malo, la cosa está perdida. Pero hago una excepción con el plan de usted, me parece superior.

-Oh, mi amigo, y seré un verdadero héroe político cuando concluya mi obra.

-¡Santa Bárbara bendita! Hágame usted el favor, señor Anrumarrieta, yo soy más supersticioso que un escocés, y más fanático con mis preocupaciones que un español: le pido a usted por todos los santos del cielo, que jamás pronuncie delante de mí la palabra héroe.

-¿Está usted en su juicio, señor redactor?

-Sí, señor, estoy en mi juicio, lo que es una calamidad; razón por la cual tengo envidia muchas veces de nuestro presidente Oribe. Tengo juicio, y por eso la palabra héroe me causa un terror pánico: en estas mis tierras, señor Anrumarrieta, en cuanto un hombre se hace héroe, puede usted apostar cien contra uno a que se lo llevan los diablos, junto con todos los que contribuyeron a heroificarlo.

-¡Bah!, ¡bah! -y mi bilbaíno soltó una carcajada tal, que José abrió la puerta de mi cuarto creyendo que se había reventado la chimenea.

-Bien, bien -continuó el historiador-, no seré héroe, diré que si concluyo mi historia habré ganado la reputación de un sabio.

-¡Sabio! ¿Pero sabio europeo?

-Sabio en todo el mundo. La sabiduría es universal, amigo mío.

-Alto ahí, señor Anrumarrieta, ya le he dicho a usted otra vez que nosotros no hacemos parte del universo, y por eso nuestros sabios de por aquí me causan tanto miedo como nuestros héroes.

-Vaya, vaya, ¿está usted peleado con el género humano, señor redactor!

-No, señor, por el contrario, soy un hombre completamente pacífico e inofensivo; pero le aseguro a usted con toda la verdad de mi alma, que yo no conozco, en mi país o en otros, una sola barbaridad política que no sea obra de alguno de nuestros sabios; constitución que ha caído en sus manos; revolución en que han hecho parte; innovación que han querido introducir; cuestión que han tomado a su cargo, seguro, seguro como dos y dos son cuatro en Europa y como tres y tres son siete en América, que todo se lo ha llevado Barrabás, quedando siempre las cosas peores de lo que estaban. Pero dejemos eso y volvamos a la historia.

-Ese es mi deseo, sueño, delirio, con mi Historia Monumental.

-¿Ha escrito usted ya su primer capítulo?

-Algo, algo, ¿quiere usted oírlo?

-Hombre, ¡si no es muy largo!

-Bien, le leeré a usted el primer párrafo para que juzgue usted del estilo, porque ha de saber usted que el estilo es mi fuerte.

-Alabado sea Dios, ¡cómo se parecen los hijos a los padres!

-Quería usted decir...

-Que el estilo también es nuestro fuerte. Vea usted: ¡Constituciones! ¡Libertad de imprenta! ¡Elecciones! ¡Sistema representativo! ¡Responsabilidad ministerial! ¡Civilización! ¡Guerra de libertad! ¡Cultura! ¡Fraques, paltós y guantes blancos! Todo esto constituye el estilo de nuestra grande obra social, ¿entiende usted? ¡Pero el fondo de la obra es lo que hay que ver!... Vamos, dejemos esto también, ¿quiere usted leerme ese primer párrafo?

-Leo -dijo el bilbaíno echándose para atrás, irguiendo la cabeza, extendiendo el brazo y poniendo el papel en paralela con los ojos:

Parte 1.^a

Capítulo 1.º

Artículo 1.º

«Los rayos abrigados del rubicundo Apolo caían como hebras de fuego sobre la casta frente de América, dormida entre sus sábanas de olas en el año de 1845, a siete mil quinientas leguas de la Europa...».

-¡Fuego de Dios! ¿Qué ha escrito usted, hombre? ¡Siete mil y quinientas leguas!

-Bah, bah, ¿no he dicho a usted, amigo mío, que están atrasadísimos en estas Indias?

-El atrasado es usted, que no sabe una jota de geografía, ¡siete mil y quinientas leguas de la Europa!

-¡Pobre criatura! Cree usted que las distancias políticas se miden por la geografía?

Antes de la independencia de estas Indias, la América estaba pared de por medio con la España y a veinte mil leguas del resto de la Europa; después de la guerra de la independencia, la España pasó a las veinte mil leguas, y el resto de la Europa se aproximó a la América casi a tocarse con las manos; y en los últimos veinte años, la Europa se ha ido retirando día por día de la América, y está hoy dos veces más allá de la distancia geográfica, ¿está usted?

-Medio estoy, prosiga usted.

-Prosigo:

«El ángel de la paz ya prometía sus abundantes frutos en las desoladas regiones del Plata, cuando se metieron en él, como por su casa, la intervención de la Inglaterra y de la Francia, y secaron de un soplo el cuerno de la abundancia que tenía aquel genio entre sus manos».

-¡Válgame Dios, señor Anrumarrieta! El estilo de la obra es superior, pero ¡cuántos errores, Dios mío!

-¡Errores!

-Sí, señor, errores. Si no había tal genio, ni tal cuerno cuando vino la intervención: lo que había era guerra y no paz, y para que cesara la guerra y tuviéramos paz, es que vino la intervención combinada.

-¡Ay, mi amigo! Usted habla como hablan los hombres de partido, y yo hablo como hablan los hombres que estudian los intereses generales de la humanidad y de los pueblos, y he ahí la razón por la que no nos entendemos.

-Sí, señor, todo eso será mucha verdad, pero no lo es el que la intervención nos haya traído males.

-Y grandísimos, señor redactor. La intervención no ha sido buena para ningún partido, y mala, malísima para los intereses generales de estos países. A la sombra de esta intervención indecisa y fluctuante siempre, la guerra se ha perpetuado, y con ella consumábase la devastación de este hermoso país. Suponga usted que el general Oribe hubiese triunfado desde 1843; que su gobierno hubiera sido el más despótico del mundo; suponga usted también que hasta esta fecha no hubieran podido romper los orientales las cadenas de ese despotismo; suponga usted todo esto, y dígame si a esta fecha se habrían secado tanto las fuentes naturales de la prosperidad de este país, como se han secado con la perpetuación de la guerra, alentada y sostenida por la intervención europea; y dígame también si ese gobierno habría costado al país más sangre, más ruina a la propiedad particular, más disolución a todos los vínculos de la sociabilidad oriental, que la sangre, ruina y disolución que ha visto el país por consecuencia de la

intervención europea, que queriendo apagar un incendio no ha hecho otra cosa que estarle arrojando combustibles. Tome usted la cuestión por la parte argentina y dígame si Rosas entregado a la paz, si Rosas libre de ese flanco, que abría la intervención, de la susceptibilidad nacional, y sobre el cual ha trabajado tanto a favor de la conservación de su gobierno, habría conservándose con más poder moral que el que le ha dado una intervención que paso a paso ha ido retrocediendo delante de él y dejándole un triunfo sobre la Europa, cosa que envanece tanto a los pueblos americanos, y que naturalmente debía extender en la república el prestigio del vencedor: dígame usted, pues, si Rosas habría ganado tanto no habiendo aparecido la intervención europea, ya que no había de obrar con la energía necesaria.

-Sí, pero no ha tomado a Montevideo.

-¡Bah, pobres hombres! Rosas, mi amigo, no ha tenido jamás la intención de tomar a Montevideo, y la intervención vino a facilitarle su único deseo: Rosas quería la devastación del estado uruguayo, aniquilarle su industria, cortarle su progreso mercantil, parar la afluencia de las emigraciones, y hacer bandos parciales de sus hijos que se lanzasen unos contra otros para extinguirse mutuamente, aniquilando así la potencia natural del país; y la intervención que le facilitaba el prolongar la guerra; que daba ocasión a la permanencia de su ejército y de su influencia en este estado; la intervención que le distraía los pueblos argentinos al mismo tiempo, y le facilitaba triunfos con que hacerse héroe ante los ojos de ellos, ha sido para Rosas, en vez de un mal, una bendición del genio que lo protege... ¿Qué tal, me entiende usted?

-Mire usted, no diré que yo entiendo mucho lo que usted me dice, pero sí que a usted no le van a entender una palabra por estos barrios, y que cuando usted publique su obra hará muy bien en no venir por acá.

-¡Cómo! ¿Yo no podría decir estas verdades?

-¡Toma! Aquí hay una completa libertad de imprenta.

-¡Ah, ya decía yo! Esa es la razón por la que yo he venido a la América, quiero libertad, quiero república, ¿entiende usted?

-Sí señor, entiendo. (Ya le vuelve la manía).

-¿Quiere usted que continúe?

-Mire usted: convendremos en que me leerá la obra por partes, ni más ni menos que como ha leído el presidente Napoleón el Tratado Le-Prédour.

-Convenido: concluida la primera parte, se la traigo a usted.

-Así va bien, ése es el modo como hizo Mr. Le-Prédour su tratado: concluyó la primera parte en Buenos Aires, concluyó la segunda parte con el presidente, y se la fue a leer al señor gobernador. ¡Superior!

-Bien, bien, la concluiré dentro de un mes.

-Pero ¿antes de ese tiempo me verá usted?

-Por supuesto, hombre, la semana que viene probablemente; quiero que me haga conocer usted la ciudad y la línea.

-¿Aún no la ha visto usted?

-¡Qué! Si no salgo de mi casa. Estoy clavado en ella, como si mi casa fuera el Cerrito.

-Pues, amigo, eso es muy malo para la salud, yo salgo y voy y vengo y no hago nada, como si fuera negociador de la intervención.

-Conque entonces, mi querido, hasta más ver.

-Hasta más ver, mi querido señor Anrumarrieta, como si usted y yo fuéramos tratados de la intervención, que se despiden hoy y vuelven mañana.

-Si usted escribe a nuestros amigos de afuera, hágalos saber mis buenas disposiciones hacia ellos.

-Así lo haré, pero mire usted que lo van a tener por negociador francés.

-No importa, yo me voy el día menos pensado.
-Entonces lo van a tomar por negociador inglés.
-No importa; buenos días.
-Muy buenos días, mi querido señor.
Y mi recomendado me dejó solo, reflexionando cómo era que en tan poco tiempo un hombre de Bilbao supiese las cosas mejor que nosotros mismos.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

